

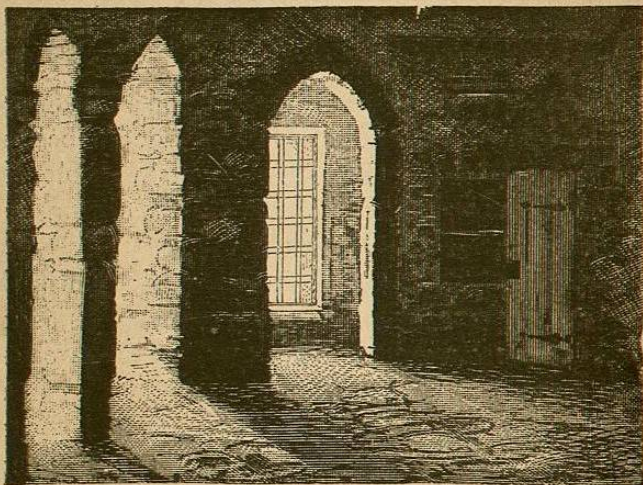


## ENRIQUE III DE FRANCIA É ISABEL DE INGLATERRA

Hallábase la reina de Inglaterra profundamente convencida de la necesidad de apartar de la obediencia de Felipe II á los Países Bajos, arrancándolos de su dominación y desmembrándolos de su corona. Conocía los designios del «prudente» rey respecto de ella, así los públicos como los secretos. Informada perfectamente por sus espías, no ignoraba los asuntos que se guardaban en el gabinete del monarca español. Además, Walsingham, su mejor y fiel consejero, hombre suspicaz para descubrir conjuras contra su reina y señora, no dudaba, que si Felipe era vencedor en los Países Bajos, intentaría ó realizaria, tal vez, un desembarco en Inglaterra. Aunque por entonces ignorase Isabel el cúmulo de intrigas de Felipe II y de Enrique III, desconfiaba de los manejos de los dos, y sabia, sin género alguno de duda, que el monarca español estaba preparando una gran escuadra contra Inglaterra. Las proezas de Drake retrasaron la salida de la armada española; pero Felipe no desistía de sus planes cuando le alentaban la fe y esperanza. Ocasión propicia se le presentó, cuatro años después de la muerte de Orange.



Carlos IX, cuarto rey de la casa de Valois, falleció en 1574, bajo el peso de los remordimientos que le produjo la horrible matanza de San Bartolomé, perpetrada dos años antes. Le sobrevivieron sus dos hermanos: Enrique, rey de Polonia, y ahora de Francia; y Francisco Hércules, duque de Anjou, á quien ya se ha visto en el gobierno de Brabante, conspirando contra las libertades de Flandes, y en particular de las de Amberes. El heredero de Enrique, último de los



CÁRCEL DE LA PRINCESA ISABEL (DESPUÉS REINA DE INGLATERRA),  
EN EL TOWER EN LONDRES.

Valois, á falta de Francisco, era Enrique de Navarra, hugonote á la sazón.

Enrique III era tan falso como Felipe. Sus vicios fueron causa de mayor escándalo para su pueblo, que los de ningún otro rey francés. Su reinado fué de perpetua guerra civil, ora luchando con sus parientes de Navarra, ora con los nobles insurrectos, y ora transigiendo con sus súbditos calvinistas, si no por amor,

por necesidad de valerse de ellos contra los Guisas<sup>1</sup>. En el momento histórico de que se trata, Paris y algunas otras grandes ciudades francesas del Norte, unidas intimamente al catolicismo, formaron el propósito de mermar el poder de su rey, y aun aparentaban querer elegir al de España. Con el objeto aparente de proteger la religión, fundaron y sostuvieron los nobles una asociación, llamándose primero la *Santísima Liga*, y más tarde *Madame Ligue*. En realidad, aquéllos sólo aspiraban á su independencia, y en caso de que muriese el rey sin sucesión, excluir del trono al herético Enrique de Navarra. Felipe pretendía la corona para su hija. Guisa, aunque recibió dinero del rey español, hizo cuanto pudo en favor propio. Como el interés de Felipe, en esta lucha de bastardas ambiciones, era el empobrecimiento y ruina de Francia, puso á la Liga bajo su protección y tutela.

Durante los catorce años del reinado de Enrique, apenas hubo uno paz en Francia. Ya se dijo que Guillermo de Orange consiguió que un príncipe francés aceptase la soberanía de los Países Bajos, prometiendo en cambio amparar y defender las libertades é instituciones de los Neerlandeses. Después de la muerte del Taciturno, Olden Barneveldt, gran abogado de Holanda, entabló negociaciones con Enrique; pero el francés dió largas al asunto, rehusando al fin las ofertas de los Flamencos.

<sup>1</sup> El magistrado Bernabé Brisson, en una carta del 17 de Junio de 1584, calificaba la política de Enrique III con estas palabras: «Todo es indecisión; el temor de los cortesanos franceses á los Guisas les aprieta la garganta y los sacude tan fuertemente, que la palabra dada un día no es segura al día siguiente, pudiéndose aplicar al rey aquel refrán que dice de «dos al saco y el saco en tierra». *Colec. Benjamin Fillon*, pieza 891.



Proponianse los Estados fundar una monarquía con poderes limitados. Si Enrique la aceptaba, lo cual era dudoso, era de creer que cumplierse sus compromisos con mejor buena fe que su hermano. Aunque con grandes limitaciones, su posición hubiera sido muy ventajosa en su calidad de rey de Francia, teniendo en cuenta que casi todas las invasiones en este país se iniciaron precisamente por los Países Bajos. Con los Flamencos hubieron de contar los Ingleses cuando intentaron asegurar el éxito de su desembarco en Francia; Eduardo III de Inglaterra consideró, como aliado suyo, en la centuria XIV, al cervetero Arteveldt; y la casa de Lancaster salió triunfante en sus empeños militares mediante la amistad del duque de Borgoña, así como le fué adversa la fortuna cuando éste se declaró su enemigo.

Puede decirse que desde los Países Bajos ganó Felipe II la memorable batalla de San Quintín y dictó la paz de Cateau Cambresis. El duque de Parma, con su ejército de Flandes, hizo levantar el cerco de París y de Ruán. Un siglo después, cuando Francia era la primera potencia militar de Europa, en tiempo de Luis XIV, los esfuerzos del gran rey se limitaron á la conquista de las ciudades flamencas. La mayor parte de las batallas de Marlborough tuvieron por teatro los campos de los Países Bajos; circunstancia que persuadió á los Neerlandeses de aquel tiempo, que la conquista de Flandes por los Franceses traeria la ruina de Holanda. Si Enrique III y su madre hubieran comprendido la importancia de Flandes respecto de la monarquía francesa, y entendiéndolo así, se hubiesen atraído la voluntad de los Flamencos, es indudable que aquél no rehusara las ofertas de Barneveldt. Enrique IV pensó seguramente de esta ma-



LORD WILLIAM BURLEIGH  
 (Según un grabado del siglo XVI).



nera; y á no tener atadas las manos, habría extendido por aquella parte las fronteras de su reino.

Perdióse un tiempo precioso en negociar con Enrique III; pues, en aquella época y tras prolongado asedio, hubo de rendirse Amberes. Gante y Bruselas ya lo habían hecho, Mechlin se preparaba á seguir el mismo camino, y sólo en Holanda y Zelanda reinaba la libertad. El asesinato de Orange fué de más importancia para el duque de Parma, que un ejército de 40.000 veteranos; desde el momento en que el espíritu del gran Guillermo pasó de esta vida á la otra, Farnesio fué casi dueño del campo.

Los Holandeses volvieron entonces sus ojos á Isabel. Aunque la situación de Inglaterra era crítica en aquellos momentos y sus recursos no eran muchos, la protección que dispensó la gran reina á la desamparada república fué de un valor inestimable. Isabel, al ceñir la corona, encontró el erario empobrecido con las disipaciones y fraudes de su padre, y con el desorden de los reinados de sus hermanos. Inglaterra había sido rica y poderosa; ahora era pobre y débil. Isabel, por necesidad, más que económica, era avara. Su derecho á la corona era cuestionable. Su prima María Estuardo aspiraba á ocupar el trono, y aunque prisionera de la reina, nunca quiso renunciar sus derechos. El Papa la excomulgó, la destronó de palabra, y se pagaron asesinatos en contra suya. Fué objeto constante de conspiraciones, y no tuvo paz ni sosiego dentro de su palacio. Su carácter imperioso é intolerante fué causa algunas veces de cábalas é intrigas exteriores contra Inglaterra.

Sus consejeros eran hombres muy sagaces: Burleigh parecía la personificación de la prudencia<sup>1</sup>, y

<sup>1</sup> «El enemigo más poderoso de Felipe II no era ciertamente el

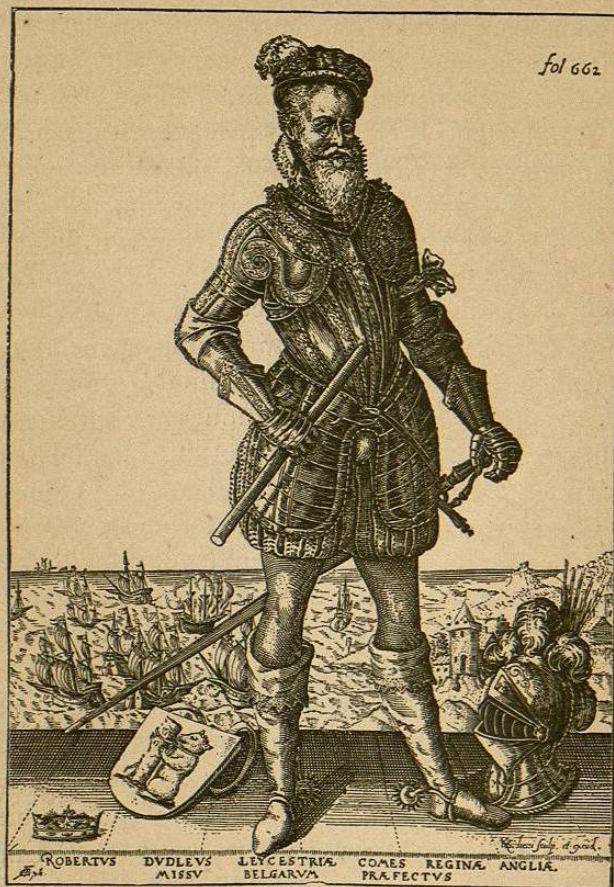
Walsingham de la perspicacia y osadía. Los Holandeses necesitaban dos cosas: dinero y soldados, en particular, ejércitos terrestres; pues los mendigos del mar eran bastantes en número y fuerza para defender sus costas y medirse con los marinos españoles. Isabel mandó algunas tropas y generales entendidos y bizarros; pero fuerza es reconocerlo con vergüenza para las armas británicas, algunos de éstos, como Yorke y Stanley, fueron traidores á la causa que debían defender. En el orden político, la actitud de Isabel respecto de los Países Bajos se limitaba á ejercer en ellos un doble protectorado. Dióles dinero de tarde en tarde, más como prestamista que reina; puesto que sin garantía no lo adelantaba. Después de todo, Isabel no logró recobrar nunca por entero las cantidades prestadas; y su sucesor hubo de ceder las ciudades hipotecadas, como se llamaron entonces, por bastante menos que la deuda reconocida.

El jefe supremo del ejército inglés se llamaba Leicester, favorito de Isabel. Leicester tenía arrogante y hermosa presencia. Dicese que Isabel, por inclinaciones de su corazón, quiso alguna vez tomarlo por esposo. Era hijo de Dudley, duque de Northumberland, ejecutado por delitos políticos al comenzar el reinado de María; y nieto de otro Dudley, un cortesano corrompido del palacio de Enrique VII, y que también murió á manos del verdugo al subir al trono Enrique VIII. Fué su hermano Guildford Dudley, casado con Juana Grey, la cual se llamó reina durante doce días.

príncipe de Orange, era Burleigh.» Forneron, *Hist. de Felipe II*, p. 338. Trad. de D. Cecilio Navarro. «Lord Macaulay considera á Burleigh como uno de los hombres de Estado más ilustres de su siglo.» *Estudios críticos*, Trad. de M. Juderías Béndez, Madrid, 1887.



De nada sirvió á los Holandeses el nombramiento de Leicester; pues carecia de las dotes militares ne-



EL CONDE LEICESTER

Según un grabado en cobre de C. von Sickem.

cesarias para medirse con los grandes capitanes de aquel tiempo. Hombre orgulloso, más en Holanda por las deferencias y respetos que le guardaban, y que él atribuía á su propio valer é importancia, nada

hizo de provecho en la guerra, ni en la política. Las trabas impuestas á su autoridad por los recelosos magistrados de la república, le hicieron más soberbio. Un noble y palaciego inglés de aquellos tiempos no podía comprender que la clase media y artesana tuviera opiniones políticas, y menos aun, que se mezclase en los negocios del Estado. Tres años estuvo en Holanda, sin contar algunas cortas ausencias, saliendo tan aborrecido como fué amado en un principio. La reina se disgustó, lo mismo con Leicester, que con los Holandeses; pero ella tuvo la culpa por haber hecho aquel nombramiento.

No debe creerse que la intervención de Isabel fué inútil, sin embargo de los errores de su favorito y de la traición de algunos otros. El daño que éstos pudieron causar se atenuó con el esfuerzo é inteligencia de hombres como Veres y Roger Williams. El destino y la gloria de Holanda consisten en haber alcanzado su independencia por si misma y por su propia resolución, formando ejércitos, escuadras y capitanes de mar y tierra, restaurando y desarrollando su comercio, creando y organizando su poder, y por último, mostrando al mundo que el trabajo, la constancia y el heroísmo son factores indispensables lo mismo en la paz que en la guerra. Tal vez fué un bien para Holanda que Leicester no tuviese el genio del duque de Parma.